



La Casa de la Luna

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Capacitación Electoral





Todas las casas tienen puerta, eso no es extraño, pero lo que llamaba la atención de la gente del pueblo era que aquella casa, la que tenía pintada una luna en la pared, tuviera la puerta en el techo.

Nadie se imaginaba cómo era por dentro, por eso, cuando pasaban frente a ella, se agachaban para amarrarse las agujetas de los zapatos o recogían una moneda que habían tirado a propósito o se detenían un poco fingiendo que buscaban a alguien, pero era imposible ver su interior, porque en los muros no había ventanas. Algunos pensaron que a lo mejor también las tenía en el techo, pero para averiguarlo tendrían que haber subido por la escalera que estaba en la pared y no se atrevían porque hubiera sido de muy mala educación y una falta de respeto.





Los que vivían en la casa también les parecían raros. Don Germán era muy alto, con largos bigotes y poco pelo en la cabeza. Siempre se ponía pantalones rojos con tirantes azules. Doña Mercedes era gorda, todo el tiempo sonreía y usaba vestidos floreados de colores brillantes. Tenían una hija, Zoila, bajita de estatura, pero con unos enormes ojos negros.

Desde que amanecía y hasta el anochecer, la gente los escuchaba tocar la flauta y entonar alegres canciones. Aunque a la mayoría le gustaba esa música fingían que no les agradaba, únicamente porque provenía de esa casa.



Una tarde, Carlos, el hijo del panadero, no aguantó la curiosidad. Fue en su bicicleta hasta la casa y se paró frente a la luna pintada en el muro, cerca de la escalera. Hizo como que la observaba, pero en realidad miraba a la gente que caminaba por la calle. En cuanto estuvo solo, corrió a la escalera y comenzó a subir los peldaños, pero ni siquiera había llegado a la mitad, cuando oyó una fuerte voz gritándole: “¿Adónde vas niño?”. El miedo lo hizo bajar casi de un salto. Se montó en su bici y pedaleó tan rápido que no se dio cuenta de que don Germán no estaba enojado, sino que sonreía divertido al verlo escapar.

La familia salía pocas veces y casi no hablaba con nadie, seguramente era porque la gente se alejaba para no pasar cerca de ellos. En ocasiones oían murmurar a los vecinos: *Vámonos, ahí vienen los de la Casa de la Luna.* A los papás de Zoila parecía no importarles, pero los ojos de la niña se ponían tristes y húmedos.





Un día, durante el recreo, los niños y las niñas no se ponían de acuerdo. Carlos quería jugar a las canicas, Memo a las carreras y Rosita a los encantados.

- Ya sé -dijo María- vamos a votar. Hay que escribir en un papelito el juego que preferimos. Luego, alguien los cuenta y el que esté anotado más veces será el que juguemos.
- ¡Sí! -gritaron- ¡Qué buena idea!
- Y, ¿quién los va a recoger y a contar?
- Yo digo que Paco
- No, mejor Laura
- Bueno, ¿qué les parece si lo hacen entre los dos?
- ¡Sí, que sean los dos!
- Quien esté de acuerdo que levante la mano.



Todos levantaron la mano y uno por uno fueron metiendo su papelito en una caja. Después, Laura y Paco anotaron los votos en un cuaderno y cuando terminaron de contar, anunciaron que habían resultado ganadores los que escogieron jugar a las carreras.



- ¡Yo no estoy de acuerdo! -gritó Carlos, enojado.
- ¿Por qué? -preguntaron sorprendidos los demás.
- Es que Memo hizo trampa. Escribió dos papelitos en lugar de uno, por eso ganaron la carreras.
- ¡No es cierto! -dijo Memo- yo no hice trampa, el tramposo lo serás tú.
- Ya no se peleen -interrumpió Laura- yo puedo demostrarle a Carlos que no tiene razón y que la votación fue justa. Cuenta cuántos somos. Ahora suma los papelitos de la votación. Es el mismo número ¿verdad? Si quieres tener más pruebas lee cuántos anotaron las carreras y cuántos los otros juegos.
- Bueno, me equivoqué -dijo Carlos, después de haber contado los papeles- Pero si vamos a jugar a las carreras, propongo ponerle un castigo al que llegue al último.



Los niños estuvieron de acuerdo porque pensaron que eso haría el juego más interesante. Roberto ya sabía que iba a perder, nunca había sido bueno para las carreras pues su peso no le ayudaba mucho, pero no tuvo más remedio que resignarse ya que el juego había sido escogido por la mayoría.



- "En sus marcas... Listos... Fuera..."

Corrió con energía, pero pronto sintió que se le acababan las fuerzas y fue quedándose atrás. Cuando llegó, cansado y sudoroso, sus amigos lo recibieron con aplausos.

- Ahora -le dijeron- vamos a decidir lo que vas a hacer.





Desde lejos, Roberto los miraba discutir, el que hablaba más era Carlos, como si tratara de convencer a los otros. Después de un rato se acercaron:

- ¿Y, cuál será el castigo? - preguntó.
- Tienes que asomarte a la Casa de la Luna y decirnos cómo es - dijo Carlos.
- ¿Por dónde me asomo? La puerta está en el techo.
- Puedes subirte al árbol que está junto a la casa. No tienes que estar mucho, sólo queremos saber cómo es de arriba. Mientras, nosotros vigilamos que no te vean.

Roberto llegó muy preocupado a su casa. Sabía que no estaba bien espiar a los demás, pero era peor que sus amigos lo creyeran un cobarde.





Por la tarde salió a reunirse con los niños. Llegaron frente a la casa que tenía la luna pintada en el muro y esperaron hasta que el señor y la señora aparecieron en el techo. Los miraron bajar por la escalera y alejarse en el pueblo.

Entonces, el grupo de amigos corrió a un lado de la casa para ayudar a Roberto a trepar el primer tramo del árbol. Después, tuvo que seguir solo.

Los niños y las niñas lo animaban:

- ¡Ten cuidado!
- ¡Muy bien, tú puedes!
- ¡Un poco más arriba!
- ¡Así se hace!
- ¡Bravo!

Cuando alcanzó una rama alta y pudo ver el techo, se impresionó tanto, que hasta se le olvidó el esfuerzo que hizo para llegar.





Parecía como si fuera un patio, pero con el piso transparente. Alrededor, había angostos caminos con agujeritos y en un extremo estaba la puerta. Era grande y para salir tenían que empujarla hacia arriba. Roberto quiso distinguir el interior de la casa y se arrastró a la punta de la rama. De pronto, ésta crujió y comenzó a doblarse.

- ¡Auxilio! -gritó- ¡Ayúdenme, me caigo!

Desde abajo, los niños observaron cómo la rama se doblaba lentamente con el peso de Roberto. Los gritos se escuchaban tan fuerte, que atraerían la atención de las personas y se darían cuenta de su travesura. Espantados y sin pensar en el destino de su amigo, se fueron corriendo a sus casas.



Zoila leía un cuento dentro de la casa cuando oyó los gritos. Subió la escalera y empujó la puerta del techo. Llegó justo cuando el niño estaba a punto de caerse.



- Espérame, no te muevas -le dijo- Ahorita vengo.

Regresó con un banco que había en la cocina y le ayudó a bajar. Roberto estaba apenado, tembloroso y asustado.

- Hola Roberto, me llamo Zoila y vivo aquí. ¿Quieres pasar a mi casa?

- ¿Cómo sabes mi nombre? -le preguntó, confundido.

- Ven, te invito un vaso con agua para que se te pase el susto -le dijo Zoila- y lo encaminó a la entrada. Bajaron por una ancha escalera hasta el interior.

Era una casa igual a todas las que conocía Roberto, la única diferencia era que desde adentro se veían el cielo y las nubes, a través del techo transparente. Zoila se dio cuenta de su sorpresa.

- ¿Te gusta? Es más bonito de noche, porque te duermes observando la luna y las estrellas.





Platicaron un rato. Le contó que lo conocía porque cuando jugaban él y sus amigos en el parque, siempre los miraba desde una banca. También sabía el nombre de los otros niños. Después le explicó que nunca se había atrevido a acercarse porque creía que la iban a rechazar.

- Desde que llegamos a vivir aquí la gente se aleja de nosotros -le dijo.
- Es porque son diferentes, se visten raro y cantan todo el tiempo -explicó Roberto- Además, tu casa...
- ¿Qué tiene? ¿Sólo porque la puerta está en el techo?
- ¿Y a las personas que son diferentes las evitan?
- ¿Por eso nadie platica con nosotros?

Roberto se sintió avergonzado y le pidió que los perdonara. La verdad es que a él le hubiera encantado tener una casa como la suya. Pero, ¿no se cansaban de subir y bajar escaleras?





- Ya nos acostumbramos -le explicó su nueva amiga. Mi papá trabajaba como equilibrista en un circo, por eso le gusta que el techo sea transparente, para sentir que está al aire libre. Además, todos los días pasea por el techo muy cerquita de las orillas, porque desde lo alto puede ver la calle y recuerda cuando estaba en el circo.

- ¡Qué miedo me daría caerme desde allí! Oye Zoila, ¿No les da calor adentro? ¿Por qué no hay ventanas?
- ¿No te fijaste en los caminos por donde te digo que pasea mi papá? Tienen unos agujeritos en el suelo, por ahí entra el aire y refresca la casa, ya ves que aquí casi no llueve.

Mi mamá dice que no necesitamos ventanas porque el techo es como una ventana grande.

- ¿Y la luna que está pintada en la pared que da a la calle? -preguntó Roberto.



- ¿Te gusta? Yo la hice y me hubiera gustado que tuviera muchas estrellas alrededor para que se viera más bonita. Luego pensé que iba a ser difícil hacerlo sola porque el muro es enorme. Aparte la gente nos iba a seguir criticando.
- Sí es cierto, fíjate que hasta nos prohibieron acercarnos.
- Ya me había dado cuenta, pero mi papá me decía: "No te preocupes, muy pronto los niños y las niñas del pueblo serán tus amigos".



Desde sus asientos miraron cuando se ocultó el sol y aparecieron la luna y las estrellas. Roberto debía irse a su casa, pero le prometió regresar.

En el salón, desde sus lugares, los niños desviaban la mirada cuando Roberto los veía. Estaban arrepentidos por haberlo dejado en el árbol, pero también tenían ganas de saber lo ocurrido la tarde anterior. Esperaban ansiosos la hora de recreo. Cuando sonó la campana salieron corriendo al patio. Formaron un círculo alrededor de Roberto y hablaron a la vez, unos disculpándose y otros preguntando si se había caído, únicamente Carlos insistía en que les dijera cómo era la casa.

- ¡Espérense, no les entiendo!
Si me dicen tantas cosas al mismo tiempo no les puedo contar- exclamó.





Cuando se callaron les platicó lo que había pasado después de que se escaparon, les describió cómo era la casa, les habló de Zoila y de sus papás. Sus amigos lo escucharon con mucho interés y atención. Cuando terminó de hablar se oyó la voz de Carlos con fuerza:

- ¡Tenemos que hacer algo!

Los niños voltearon a verlo, sorprendidos por su comentario, pues él casi siempre protestaba de todo y no quería ayudar en nada.

- ¿Cómo qué? -dijo Memo.
- Podemos organizarnos para ir a decirle a la gente que debe cambiar su actitud con ellos
- propuso Laura-
- ¡Nunca acabaríamos!
- opinó María- Imagínate recorrer el pueblo completo.





- ¡Yo tengo una idea! -volvió a intervenir Carlos- Hay que hacer carteles y pegarlos en los lugares adonde vaya la gente, así muchos los leerán y reflexionarán sobre su actitud. Podrían decir, por ejemplo: “¿No les parece que los que viven en la Casa de la Luna también son nuestros vecinos?”, ¿No creen que nuestro pueblo es más alegre con su música?, y cosas así... ¿Qué opinan?



Como todos estuvieron de acuerdo, ni siquiera tuvieron que votar. Formaron equipos y fueron a la tiendita de doña Soledad, al taller de don Jacinto, con Juanita, la que vendía dulces y hasta en el mercado se metieron para convencer a la gente. Cuando terminaron, después de haber recorrido tantos lugares y hablado con tanta gente, los niños estaban cansados, pero contentos con los resultados. Las personas parecían haber recapacitado.

- Bueno -dijo Memo- ahora vamos a demostrarle a Zoila que somos sus amigos dándole una sorpresa.



Se dirigieron a la casa de Zoila y pusieron manos a la obra. Cuando terminaron con la sorpresa, subieron por la escalera que estaba en el muro, caminaron por el techo hasta la puerta de la casa y se agacharon para tocar. A través del piso transparente pudieron notar la cara sorprendida de Zoila al ver a tantos niños sobre su cabeza. Emocionada, empujó la puerta y salió a su encuentro.

- Hola Zoila -saludó Roberto. No te presento a mis compañeros porque sé que ya conoces sus nombres. Ven, queremos enseñarte una sorpresa que te hicimos entre todos.



Bajaron nuevamente hacia la calle. Al llegar frente a la casa y contemplar en el muro tantas estrellas pintadas por sus nuevos amigos, a Zoila se le humedecieron sus enormes ojos negros, sólo que esta vez no era de tristeza, sino de felicidad.

